



Lecturas paraguayas, casi memorias (I)

Jean L. Andreu

Me encantaban en Paraguay estos yuyos irónicos que asoman entre el pavimento de la capital [...]. Me encantaba esta forma de deterioro que tan sólo indica un exceso de riqueza.
Antoine de Saint-Exupery

Terre où je m'endors, espace où je m'éveille, qui viendra quand vous ne serez plus là?
René Char

Durante muchos años Paraguay fue para mí el país al que nunca se llega. Después, de a poco y por caminos casuales, pasó a formar parte de mi vida, a ocupar en mi memoria intelectual y afectiva un lugar preferente y duradero. Entre los diversos caminos que me llevaron a él, el más evidente y transitable ha sido el de la literatura.

Una trayectoria personal que voy a contar, lógicamente, en primera persona. No por vana autoestima (aunque por ahí...) sino porque evoco momentos, sucesos, sentimientos, paisajes que viví directamente, gente, libros, escritores, artistas que traté de cerca. Procedimiento testimonial que asume plenamente una subjetividad que pretende, en lo posible, no alterar la realidad de lo referido.

Tengo claro que, por ser exterior y singular, mi punto de vista da una perspectiva distanciada (¿limitada?) por referencias históricas y culturales foráneas, de procedencias mayormente francesas y en parte españolas. Lo que trae como consecuencia que lo que estoy escribiendo refleje tanto la realidad paraguaya como mi propio talante. Y que los temas tratados hayan sido más o menos conscientemente elegidos por mí, en detrimento, quizás, de otros tanto o más importantes.





De ahí que mis opiniones o consideraciones, por más sinceras que sean, puedan no siempre coincidir y en algunos casos chocar con las de mis amigos paraguayos. Si así fuera les pido tolerancia e indulgencia, pero las mantengo.

*

* *

Pienso que mis primeras noticias de Paraguay se remontan a la secundaria cuando esta palabra apareció en un texto de Voltaire, *Cándido*, emparejada con la de “jesuitas” y relacionada con las Misiones. Después, muy de cuando en cuando, retazos sueltos de historia y de literatura: la Guerra de la Triple Alianza vista desde el lado argentino, ecos del anarquismo de Eliseo Reclus y de Rafael Barrett, fugaces menciones en los libros de Saint-Exupéry, vagas reseñas sobre la Guerra del Chaco, etapa de Bernanos en su exilio hacia Brasil, insospechada guarida para nazis prófugos... En definitiva un conjunto teñido de subido exotismo, una utopía de imágenes ruidosas y furiosas y de conocidos visitantes transitorios. Paraguay me aparecía como una especie de *finis terrae*, de espacio fantasmático entre desierto y paraíso perdido. Una impresión por cierto insustancial que vino modificándose cuando la suerte me puso en manos unos cuentos de Augusto Roa Bastos, unos poemas de Rubén Bareiro Saguier. Paraguay empezó entonces a tomar cuerpo página a página, a cobrar una significación que mi inconsciencia le había negado. El proceso fue ampliándose del siguiente modo...

*

* *

Allá por los años sesenta, al emprender un estudio sobre la literatura fantástica argentina, tuve que viajar a los archivos y bibliotecas de Buenos Aires. Fue mi descubrimiento de América, mi primer encuentro físico con la Argentina de la que ya tenía un notable conocimiento libresco. Julio Cortázar me había dado varias direcciones y recomendaciones para “gentes potables” que me interesaría conocer allá. Por otro lado, desde hacía poco me había encontrado y amistado con Rubén Bareiro Saguier. Tratar con él y, de paso, con sus amigos del grupo *Los guaranis* de Francisco Marín, fue un primer acercamiento, a la distancia, con el Paraguay verdadero. Al saber de mi viaje a Buenos Aires, Rubén me pidió que saludara a algunos de sus compatriotas exilados en la Argentina. Entre ellos,





particularmente, a Augusto Roa Bastos, su venerado maestro en aquel entonces y a dos abogados grandes amigos suyos.

A todo esto el momento del viaje se acercaba y ya me sentía un poco como un Juan Díaz de Solís tanteando por penetrar en el Paraná Guazú o como un Juan de Ayolas desplegando sus velas y rumbo para la Sierra de la Plata del Rey Blanco. Tratando de evitar en todo lo posible su luctuoso final.

Eran tiempos borrascosos. Yo salía de la entusiasta marejada del mayo francés y llegaría a la Argentina justo después del *Cordobazo*, con el general Onganía al mando y las primeras intervenciones del ERP y de los Montoneros. En Asunción, Stroessner se mantenía impertérrito desde hacía quince años.

Tiempos míticos en que los aviones de Air France viajaban al sur medio vacíos.

*

* *

Mi iniciación a la Argentina primordial cabe en tres o cuatro experiencias de lo más triviales. En Ezeiza, al pie de la escalerilla del avión, me recibió Javier Fernández que había sido consejero cultural de la embajada argentina en París. Me hizo cruzar de par en par la desmedida metrópoli, me llevó a orillas del Río fundador y, en un “carrito” de la Costanera, me hizo saborear mi primer bife de churrasco, de dimensiones realmente pampeanas.

(Espero otra oportunidad, con tiempo y ganas, para contar en detalle y más a fondo mi encuentro con la Argentina y, cómo, al correr de los años, esta relación se me hizo letra de tango. Por ahora sigamos con mi lento derrotero paraguayo).

Las dos experiencias siguientes se las debo, paradoja y presagio a la vez, a Evelio Fernández Arévalos y a Carlos “Pilo” Franco, los amigos paraguayos de Rubén Bareiro Saguier. Fue como si estos nuevos mancebos de la tierra me llevaran a descubrir el Puerto de Nuestra Señora Santa María de los Buenos Aires que sus antepasados, venidos desde Asunción, fundaron por segunda vez cuatro siglos atrás. Les entregué mis cartas de recomendación y ellos, muy corteses, me preguntaron en qué podían servirme. Les dije que mi urgencia era ver un gran par-





tido de fútbol y visitar los dos grandes cementerios de Buenos Aires. En un primer momento, y muy diplomáticamente, disimularon su desconcierto por ese pedido mío. Pero les hizo sospechar que el extravagante amigo de Rubén a lo mejor sufría de una secreta y compulsiva necromanía.

Y así fue como un domingo, bordeando la miseria negra de Isla Maciel y por las cercanías del Riachuelo donde Roa Bastos sitúa su “Baldío”, nos fuimos al estadio de “La Bombonera” para asistir a un nervioso Boca-River Plate 2 a 1, desde lo más alto de las gradas populares donde ví poco fútbol pero mucha arrebatada pasión de las barras locales.

Otro día fuimos a la Recoleta, necrópolis señorial donde reposan los próceres nacionales, y donde pude revisar, tumba por tumba, la historia argentina convulsa y cruel.

Para ir al popular cementerio de la Chacarita se juntó con nosotros Augusto Roa Bastos. Mi intención era simplemente ir a inclinarme ante la tumba de un conciudadano, el tolosano Carlos Gardel. Augusto se sorprendió con esta exigencia mía y le intrigó que todo un intelectual universitario francés pudiera interesarse con tanta devoción por ese tanguero que empezó medio malevo en el Abasto y terminó estrella de cine en la Paramount. Este episodio, junto con algunos libros sobre la Revolución francesa que le envié después desde Francia para documentar la novela que estaba escribiendo, le dió la idea de transformarme en uno de los personajes de *Yo el Supremo*, bajo la figura de un tal Charles Andreu-Legard (anagrama de Gardel): un catalán francés, gran amigo del marqués de Sade, partícipe de la Revolución francesa, cinco años preso en Asunción, cronista y sufrelotodo que ameniza las siestas del dictador, el cual finalmente lo expulsa sin tener en adelante más noticias de él sino que, a lo mejor, “enseña el idioma guaraní en una Universidad de Francia”. Coincidencia, o hado señalado, a pocos pasos de la tumba de Gardel está la de la Madre María, una famosísima santera local: hacía poco que Augusto la había personificado en el guión que escribió para la película que se rodó sobre esta prodigiosa mujer.

*

* *





En estos casi tres meses de mi primera residencia en Buenos Aires, con Augusto nos vimos muy a menudo en su casa o en casa de amigos. Yo le daba, efectivamente, algunos datos sobre la Revolución francesa y le confesaba mis ansias de conocer Paraguay. El me contaba sus infancias, sus sueños, sus indignaciones, las durezas y las satisfacciones de su oficio de escritor. Pude observar de cerca la formidable energía que, con el apoyo determinante de su compañera Amelia Nassi, invertía en la monumental novela donde luchaba pie a pie, día y noche, con la imponente y devoradora figura del doctor Francia. Los dos o tres capítulos que me dió a leer entonces me revelaron la genialidad del escritor en manejar y dominar la volcánica materia de su relato y también me iniciaron a algunas tremendas vertientes, insospechadas por mí, de la historia paraguaya.

Las conversaciones con Evelio y con Pilo me acercaban más bien a la historia inmediata: la terrible Revolución del 47, las luchas partidarias, el ascenso y culminación de Stroessner, la instauración de la dictadura colorada, las cautelosas relaciones entre Argentina, Paraguay y Brasil. Recuerdo también que algunas tardes íbamos con Evelio hasta la Costanera, a orillas del inmenso río que le traía aires y nostalgias de su lejano país y allí evocaba para mí los azares y aventuras de su vida, sus compromisos políticos, sus firmes esperanzas. Para no repetirme en adelante quiero afirmar de una vez el temple de Evelio Fernández Arévalos como persona, como profesional, como político. Más allá de nuestra relación personal él tiene mucho que ver con el Paraguay que descubrí y conocí. Y en este vacilante proceso ha sido una de mis constantes y sólidas referencias en medio del turbulento ámbito literario en que me tocó moverme las más veces.

(Evelio, “sempiterno activista antiestronista”, vivió unos cuarenta años de exilio en Argentina como abogado. Al caer Stroessner en 1989 abandonó todas sus pertenencias en Buenos Aires y a los pocos días se mudó a Asunción para dedicarse a la dura tarea de democratizar su país. Ha sido protagonista en la Asamblea Constituyente, Presidente del Senado, inspirador y promotor de la ley de divorcio, delegado en la O.E.A. y en el MERCOSUR, Rector de la Universidad Comunera, Catedrático de Derecho Constitucional... Y en el momento en que esto escribo, sigue en la brecha: se desempeña como Ministro Asesor del Presidente de la República, Fernando Lugo. “Y bueno, aquí estamos, con grandes esperanzas, aunque sabemos que la tarea de saneamiento será dura y llevará tiempo”).





Con Evelio, en Buenos Aires y después en Asunción, hablamos poco de literatura. El es un lector asiduo de ensayos y de filosofía, además de gran aficionado a la música clásica. Sin embargo, y a pesar de ser amigo de Roa Bastos, de Barreiro Saguier y creo que mío también, reconoce ser poco adicto al mundo propiamente literario. Desconfía de los literatos, de sus tejemanejes, de sus laberínticos comportamientos. Confiesa: “Nunca he frecuentado círculos literarios, lo que ha contribuido a mi bien estar”. Actitud reservada que no le impide, dado el caso, corregir las galeradas de *Yo el Supremo*, atender a Augusto en sus conflictos jurídicos y tolerar con benevolencia mis deslices por el lado de la novela, de la poesía o de la crítica literaria.

Mientras proseguía en Buenos Aires mis investigaciones sobre literatura fantástica argentina se insinuaban intereses que ni eran del tema ni del lugar. No es de extrañar que con el trato y conversaciones de tan amigables acompañantes mi curiosidad por Paraguay se transformara en impaciencia y mis ansias por visitar el país se hicieran cada vez más imperiosas.

*

* *

“Pero ¿qué carajo vas a hacer a Paraguay? ¡Mejor te vas a Mar del Plata, a Bariloche, a Punta del Este!...” Mis amigos porteños ponían el grito al cielo cuando les confesaba mi intención de viajar a Asunción. Soy consciente que me estoy pasando si insinúo que para el porteño Buenos Aires viene a ser como un oasis cultural en medio del desierto suramericano, sin más rival que el que le concede a París su acendrado eurotropismo, y con sus señalados y ostentosos modos de vivir, de viajar y de veranear. Una postura que se extiende hasta el campo de la literatura (mucho menos en el campo de la pintura o del fútbol, me parece). No sé si ahora, pero en aquel entonces existía una sutil e invisible frontera entre escritores de la capital y escritores “del interior”. No era propiamente una discriminación cultural sino una inclinación a reunirse según afinidades particulares. Unos escribían en *La Nación* o en *Sur* como Borges, Bioy Casares, Mallea... Otros en donde les daban lugar. Augusto Roa Bastos, por ejemplo, era por cierto un autor reconocido en Buenos Aires, como escritor y como guionista de cine, participaba en grandes eventos literarios y ganó algún premio local. Ahora bien, cuando Graham Green, que estaba preparando una novela sobre el Paraguay, *El cónsul honorario*, lo buscó a Augusto para conversar con él e informarse, el encuentro tuvo que ser inevi-





tablemente en San Isidro, en la quinta señorial de Victoria Ocampo que no dejaba escapar ningún huésped ilustre de paso, como también ocurrió con las visitas de Rabindranâth Tagore, de Albert Camus y de unos cuantos más.

Por otra parte se filtraba una especie de complicidad, de tácita solidaridad y hasta de amistad entre los “pajueranos”. Entre, por ejemplo, el guaireño Augusto Roa Bastos, el mendocino Antonio Di Benedetto, el riojano Daniel Moyano, el santafecino Juan José Saer, unidos todos en su admiración por el entrerriano Juan L. Ortiz. Una íntima connivencia en la que asumen sus respectivos y reconocidos orígenes sin que estos interfirieran excesivamente en su obra para limitarla a un rácano regionalismo.

(Estas tenues y variables diferencias que vengo señalando poco tienen que ver, me parece, con la sobada disyuntiva entre lo “selecto” y lo supuestamente “popular”, entre novela “experimental” y novela “testimonial”, entre “torre de marfil” y “compromiso”, etc., que ha dado lugar a tantos y duraderos malentendidos. Como la desoladora polémica entre José María Arguedas y parte de los integrantes del famoso “boom”, entre los cuales Julio Cortázar, sobre la relación entre literatura y realidad americanas. Y también la cruel ironía de Borges a quien le preguntaban qué opinaba de Miguel Ángel Asturias y que contestaba que no había leído su último quipu).

La relación entre la imaginación creadora del escritor y el impacto germinativo que ejerce sobre ella su terruño es una alquimia sutil difícil de analizar. Lo cierto es que por más vueltas, máscaras, artificios que movilice el autor para elaborar literariamente el espacio íntimo de sus orígenes, uno terminará siempre por reconocer Montevideo-Buenos Aires en la Santa María de Onetti y Santa Marta en el Macondo de García Márquez. Cortázar que tanto deslumbra con sus virtuosidades recupera su emocionante y sencilla autenticidad al confesar la nostalgia de sus vivencias porteñas en *Salvo el crepúsculo*. Y Borges que tantos hombres ha sido en sus libros, tan erudito, tan cerebral, tan abstracto, se derrite y se le suelta un lagrimón al escuchar un tango arrabalero o una milonga en una Universidad del fondo de Estados Unidos.

Sobre este particular los escritores paraguayos son todos de una pieza. Viajan con su país adentro y lo ostentan sin tapujos en lo que escriben.





*

* *

Un primer diagnóstico general sobre la literatura paraguaya revela una evidencia, bien conocida de todos sus estudiosos, en forma de paradoja. Es una singularidad, muy explicable por otra parte, que los autores paraguayos más notorios hayan producido casi toda su obra fuera del marco nacional. La mayor parte de los libros de Gabriel Casaccia, Elvio Romero, Augusto Roa Bastos o Rubén Bareiro Saguier se escribieron y se publicaron en un exilio debido a circunstancias personales o a motivos políticos. Su renombre se lo granjearon igualmente en el exilio, ciertamente por su talento personal pero también al obtener premios literarios de gran resonancia como el “Primera Plana” para Casaccia, el “Casa de las Américas” para Bareiro Saguier o el “Cervantes” para Roa Bastos. Una notoriedad que contrasta de modo abismal con el silencio cavernoso que cubre la literatura escrita y publicada en Asunción.

La fama sin embargo tuvo su costo: la enajenante desgarradura del destierro. Por más que algunos de estos escritores pudieran regresar al país, discretamente o clandestinamente, por breves estadías bajo un solapado control policial arbitrario y aleatorio. Quien más quien menos todos han sufrido como una mutilación esta ruptura con sus raíces. Y cada cual lo expresa a su modo en un lancinante lamento por la tierra perdida:

Es preferible pasar hambre en el país de uno que en el extranjero. En Asunción buscaré algo que hacer. Quizá vuelva a pintar. La inspiración volverá a mí cuando sienta la savia de la tierra natal penetrarme por los pies y confundirse con mi sangre. Mi sangre mezclada con mi tierra. Eso es lo que yo necesito. [...] Yo no me pudriré en el destierro. No me convertiré en un cadáver. Volveré... volveré aunque tenga que llegar arrastrándome....¹

¹ Gabriel Casaccia, *Los exiliados*, Sudamericana, Buenos Aires, 1966, pp. 301-303.





*

Espero en la orilla opuesta
del gran río de mi patria. Allá, otra vez, la callada
noche del dolor, el largo río
del dolor,
las ásperas
noches del río y la patria
en larga y callada espera
Allá por la orilla opuesta²

*

A Jean [...]

Te dedico especialmente *Hogar*, la historia que más quiero,
yo que no tengo hogar ni destino ni patria, sólo tu grande y
fraternal amistad.

Augusto, Tolouse, 4-II-78³

*

CARTA A JEAN, EN TOLOSA DE FRANCIA, QUE ACABA
DE PASAR POR MI TIERRA

Querido amigo:

Cuánto lamento que debas postergar tu viaje a París.

Estoy ansioso de hablar contigo,

de escuchar de tu boca...,

de saber que la tierra es la misma

—si todavía es roja, por ejemplo—

si ha cambiado la luz que desciende del cielo

con los pájaros del amanecer [...]

Querido Jean,

² Elvio Romero, *Destierro y atardecer*, Losada, Buenos Aires, 1975, p. 11.

³ Fragmento de una dedicatoria manuscrita de Augusto Roa Bastos al autor del trabajo, incluido en una nueva edición de *Hijo de Hombre*, Alfaguara, Madrid, 1977, p. 5.





yo necesito hablar contigo
para saber si todo,
todo esto y aquello
es en verdad reflejo de mi memoria herida...⁴

Estados de ánimo, entre aflicción y esperanza. Una consanguinidad sensual entre el hombre y su tierra que, directa o indirectamente yo captaba ya en Buenos Aires, asilo predilecto de los exiliados paraguayos. Escuchar, leer, sentir a flor de piel estas desgarraduras amnióticas de la ausencia acentuaba en mí una vez más la atracción por este país fascinante y cruel que se estaba convirtiendo en suplicio de Tántalo.

*

* *

Como en varias circunstancias de mi acercamiento a Paraguay, la oportunidad del primer viaje se dio de modo inesperado. En 1974, con un equipo de investigadores tolosanos habíamos ido a estudiar, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un caso de colonización agrícola de unas tierras expoliadas a los indios aborígenes durante la “conquista del desierto”, campaña realizada por el ejército argentino contra los caciques Calfucará y Catriel.

(Se trata de la colonia y pueblo de Pigüé fundado en 1884 por 40 familias francesas procedentes del departamento del Aveyron. La investigación fue pluridisciplinar desde un triple punto de vista: cultural (Jean Andreu), histórico (Bartolomé Bennassar) y geográfico (Romain Gaignard). Dio lugar a una publicación: *Les Aveyronnais dans la Pampa*, Toulouse, Privat, 1977, reedición en 1993).

Interesado por nuestra experiencia, un sociólogo argentino, Francisco Delich, que dirigía un programa de estudios en Paraguay, nos invitó a dar unas conferencias en Asunción. Y así fue cómo, camino de regreso a Francia, hicimos una parada de unos días en territorio guaraní.

⁴ Rubén Bareiro Saguier, *Estancias, errancias, querencias*, Alcándara, Asunción, 1982, pp. 38-39.





Llegamos al aeropuerto “Presidente General Stroessner” donde nos esperaba un grupo de amigos, entre los cuales Augusto Roa Bastos que acababa de publicar *Yo el Supremo* y Carlos Villagra Marsal que en aquel entonces ocupaba un puesto de funcionario de la ONU dependiente de Santiago de Chile. Nos organizaron una gira en minibús alrededor de la capital y fue la emoción del descubrimiento tan esperado, de la asombrosa naturaleza, de la simpatía humana y también, a ratos, la intuición de un deterioro social y político que rondaba por las calles y en el campo.

Así empezó el primero de mis viajes que fueron unos diez o doce si mal no recuerdo. Para no espantar al amable y paciente lector, y para no convertir estas páginas en simple guía turística, no pienso hacer un recuento al pormenor de todos ellos. Pero sí puedo señalar de paso algunos lugares o paisajes, un edificio, una escena, un objeto que al contemplarlos me resultaban familiares como si despertaran un eco dormido en la confusa memoria de mis lecturas paraguayas.

*

* *

Este curioso modo de percepción viene a ser como una inversión de lo que en el teatro llaman “ilusión cómica” o en la heráldica “puesta en abismo”: todas aquellas figuras que antes sólo existían en mi imaginación de lector de repente se incrustaban ante mí en una realidad presente, visible y tangible.

El motivo esencial de mis viajes a Paraguay ha sido ir al encuentro de la gente, de su tiempo, de sus espacios y mucho también de sus libros. Con estas inmodestas memorias, con mis pobres palabras o con las palabras justas que me prestaron “he de hacer que la voz vuelva a fluir por los huesos. Y haré que vuelva a encarnarse el habla...”.

*

* *

Cuántas veces, al pasar por la Plaza de la Constitución, cerca del Congreso Nacional donde actuaba Evelio, me asomé a la Bahía y contemplé desde la baranda que lo domina el barrio de la Chacarita. Territorio verde y umbroso de los trabajadores precarios y de los marginales, de los negocios furtivos, de la caña y del





tabaco, donde la tierra apenas se distingue del agua y donde entre barro y maleza renacerá el protagonista de *Contravida*. El cual, después de nacer de este magma primitivo, regresará en un largo e iniciático viaje en tren, al paraíso de su infancia para morir (¿y renacer?) en la laguna de Manorá. Ciclo incesante de unas eternas nupcias con la tierra genésica, eterno retorno a los orígenes, viaje perpetuo a la semilla. Con sus ambiguos y movedizos contornos entre tierra y agua, entre naturaleza y ciudad, la Chacarita es el símbolo exacto de esta dialéctica entre matriz de vida y umbral de muerte.

*

Durante una de mis pocas incursiones en la vida social asunceña me encontré con el arzobispo metropolitano, Monseñor Blujaki. Su preocupación del momento era denunciar el robo de objetos litúrgicos en las iglesias paraguayas: un tráfico de arte sagrado, organizado con complicidades locales por redes internacionales. Me citó para el día siguiente y me hizo visitar en parte la imponente y silenciosa Catedral. Me habló también con respeto de uno de sus antecesores, Monseñor Roa, “el viejo señor obispo” del *Trueno entre las hojas* y me comentó que murió en la indigencia y abandonado por su familia.

*

La suerte quiso que en uno de mis viajes Quico Díaz Pérez me invitara por unos días, junto con Rubén Bareiro Saguier, a su casa patrimonial de Villa Aurelia. Allí tuve diariamente a la vista la biblioteca de su padre, el sabio y culto Viriato Díaz Pérez, con libros de otros tiempos y de toda una época, de sus amigos Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez... Y en un rincón de la sala, una mesita cuadrada donde don Viriato jugaba al ajedrez con Rafael Barrett.

*

Encarnación, frente a la Argentina y con el imponente Paraná de por medio, surcado por arriesgados botes y lanchas que van y vienen de Posadas. En las afueras, en una playa y sobre el río, los restos acalambrados de un puente metálico, vestigios del ciclón del 20 de septiembre de 1926 que arrasó la ciudad y que sigue amenazando como una maldición en las páginas de algunos cuentos de Roa Bastos.





*

Leer *Yo el Supremo* que acababa de salir y visitar en Yaguarón el museo “José Gaspar de Francia” fue todo uno. Resulta casi inconcebible compaginar el tamaño modesto y la sobriedad espartana de esta casa familiar de los Francia con la desmedida figura histórica del Supremo Dictador. Lo que va de la estrechez hogareña a lo mítico descomunal. Al salir del museo, en el libro de honor de la entrada, inscribí mi sumiso y emocionado respeto por aquella figura excepcional y firmé, como me lo exigía la circunstancia, con el nombre de Charles Andreu-Legard.

*

Excursión a través de los sedimentos de la historia paraguaya. Salir de Yaguarón con su iglesia colonial y franciscana de tallas guaraníes, pasar frente al cuartel de Paraguarí donde Stroessner planeó su abusiva marcha hacia el poder y subir por las laderas de la Cordillera de los Altos, matas de selva como frondosos templetes de duendes, espíritus, genios, las pequeñas divinidades de la mitología guaraní. En un monte de Última Altura, feudo de Carlos Villagra Marsal, creí ver pasar la sombra del lujurioso kurupí mientras Carlos me explicaba las virtudes afrodisíacas de la palmera pindó, árbol sagrado.

*

Como invitado europeo del Ente Binacional me hacen visitar la impresionante mole de la represa de Itaipú a pocas semanas de estar terminada. A modo de comparación me hacen visitar también la represa más humilde de Acaray. Imperio caudaloso de las aguas, la “turquesa fluvial, rosa enterrada” que evoca Pablo Neruda aludiendo a Paraguay. En el camino entre las dos represas, camino de tierra roja sangrienta entre palmeras que tanto le recuerdan a Maïté los caminos del Camerún y del Chad donde vivió un tiempo, cruzo por campos desiertos de arbustos de mate agarrotados y dispersos. Son los rastros abandonados de lo que fueron los yerbales del Alto Paraná que tanto escandalizaron en su tiempo, justicieramente, a Rafael Barrett. Visión fugaz que me traen sus palabras de denuncia:

Escudriñad bajo la selva: descubriréis un fardo que camina.
Mirad bajo el fardo: descubriréis una criatura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un





hombre; es todavía un peón yerbatero. [...] El yerbal extermina una generación en quince años...⁵

Y en la cercanía de las represas, en el río Monday, pasé sin ver el vado donde al final de su *éxodo* para escapar de los yerbales, Casiano, Natí y su hijito cruzaron el agua lustral de su libertad.

*

Entre Asunción y Villeta, lugares que marcan desastres de la Guerra Grande. De Villeta hacia Angostura, a lo largo de la orilla arenosa del río Paraguay donde se entremezclan mitos, combates y muertes. Donde fusilaron a los últimos combatientes de 1947. Donde se convocan unos personajes de *Ojo por diente* que cruzan el río y también mueren combatiendo. Donde se produjo la “Matación de la víbora plateada y resurrección de su sangre”. Donde el iluminado Bastonero, a la espera del apocalíptico diluvio, construía su barcaza, “enorme arca de madera de palo-santo en la que pensaba salvarse él y los suyos —incluyendo a los perros, gatos, gallinas, vacas y su caballo”⁶,— según cuenta Rubén Bareiro Saguier, escriba y cronista del Guarnipitán.

*

Y podría seguir así enumerando otros sitios de mis peregrinaciones paraguayas. Pero ya mucho más previsibles, episódicos, obligados:

El imponente, y a la vez miniaturizada copia de su modelo parisino, Panteón de los Heroes, como si estuviera organizado en torno al gran vacío que deja el feretro ausente del Doctor Francia.

El zoco de Clorinda en la frontera con la Argentina, el zoco de Puerto Presidente Stroessner, hoy Ciudad del Este, en la frontera con Brasil, el zoco del mercado Pettirossi en el mismo corazón de Asunción.

⁵ Rafael Barrett, *Obras completas* II, RP Ediciones, Asunción, 1988, p. 15.

⁶ Rubén Bareiro Saguier, *Cuentos de las dos orillas*, Ed. Don Bosco, Asunción, 1998, p. 196.



La estación del primer ferrocarril de Suramérica con su venerable y primigenia locomotora.

Los indios Maká del Parque Caballero que por un dólar se dejan fotografiar con sus atuendos festivos.

El arco iris a todo color de las tristonas aves enjauladas en el Jardín Botánico y, guiño a Horacio Quiroga, la interminable y aletargada anaconda en el fondo de su desolada fosa.

Museo militar, cañones, fusiles, machetes, armas en desuso, banderas, despojos y trofeos de ambas guerras. La primera vez que estuve había en una vitrina varias calaveras de soldados bolivianos que después desaparecieron, caritativamente.

Calles del centro, Palma, Estrella, Oliva todo un escudo nacional surcado por antiguos tranvías, con sus vendedores callejeros que ofrecen café, naranjas, tereré, chipá...

Extensiones ganaderas de pasto tierno, Misiones, las de las ruinas jesuíticas y del cebú, depositarias de las nostalgias del doctor Aimé Bonpland cuando la inclemencia del Supremo lo expulsó.

A la inversa, camino de Clorinda, bordeando la ceja del Chaco, sensación brusca de entrar en un secano, de estar a las puertas de un desierto.

El enamoradizo lago de Ipacará frente al engalanado San Bernardino, en cuyas orillas me embarré un día, hace tiempo, con Carlos Colombino y Adolfo Ferreiro.

Lindos lugares además de opulentos, adonde íbamos ciertas tardes con los Caneses a cosechar limones y naranjas.

Cruzando el dudoso “Puente de la Amistad” hacia Foz de Iguazú, las ineludibles cataratas de Iguazú, las de los viajes de bodas y de los coloridos y políglotas turistas, tan espumosas, tan estruendosas cuando hay agua.





*

* *

Conjetura Borges que el universo puede tener la forma de un libro y que en tal caso el libro puede ser infinito. Los breves e insignificantes cuadros que he venido evocando y que marcaron mis viajes son también, de alguna manera, páginas de libros que he leído y que todas juntas constituyen un ínfimo esbozo de mi universo paraguayo. La literatura paraguaya como universo. Por razones culturales, históricas, lingüísticas, idiosincráticas este universo puede parecer bastante impenetrable a primera vista. Puede ocurrir, por ejemplo, que algunas ediciones extranjeras en español necesiten un “vocabulario” o un “léxico” final para facilitar la lectura del foráneo y no únicamente por la presencia del guaraní.

Esto puede explicar que para un público extranjero, en español o en traducción, *Hijo de Hombre* de Roa Bastos, novela de corte finalmente tradicional, haya alcanzado una audiencia mayor, y en mucho, que la de *Yo el Supremo* novela más compleja y medularmente mucho más paraguaya, me parece. Y a este propósito recuerdo que cuando le pregunté a Julio Cortázar que opinaba de *Yo el Supremo* recién publicada, me contestó que había empezado a leerla durante un viaje en barco a Grecia y que a las cien páginas se le cayó de las manos. Estoy seguro que en este caso Julio no cuestionaba el talento de Augusto sino que el mundo elaborado en la novela le resultaba en gran parte opaco. A mí me consta que *Yo el Supremo* es una de las grandes novelas de los últimos cincuenta años.

Con sus contados éxitos en el exterior, corre la sospecha, fundamentalmente injusta, que el crédito de la literatura paraguaya se deba a sus supuestos atractivos de pintoresquismo y de exotismo. Al extremo opuesto, la opinión que es una literatura obstinadamente endógama, de escritores paraguayos para lectores paraguayos, exclusivamente. A la evidencia no es ni lo uno ni lo otro. En realidad sufre de la imagen folklórica que se le quiere imponer como sufre del aislamiento y de la incomunicación a la que está sometida.

Entre las voces incentivas y respetadas de españoles como Rafael Barrett, Viriato Díaz Pérez o Josefina Plá por un lado, y los premios “Casa de las Américas” de La Habana o “Cervantes” de Madrid por otro lado, existe en Paraguay, en lo que va del siglo, un conjunto de escritores, unos con enorme talento y otros con buena voluntad, en busca de un lectorado atento a sus creaciones.





(Para un repaso rápido y asequible de esta literatura, recomiendo dos textos: José Vicente Peiró, “Introducción” a Carlos Villagra Marsal, *Mancuello y la perdiz*, Ed. Cátedra, Madrid, 1996, pp. 11-44. Una breve recensión completa y bien informada de quién es quién en la literatura paraguaya.

Helio Vera, “Prólogo” a Rubén Bareiro Saguier, Antología de *Cuentos de las dos orillas*, Ed. Colegio Argentino, Asunción, 2005, pp. 23-32. Un esbozo sucinto y pertinente de un buen conocedor del medio).

En el momento de considerar las circunstancias de mi iniciación a la literatura paraguaya y de cómo la frecuenté durante años, voy buscando lo que se dice un eje metodológico, y no encuentro nada mejor que la figura de Augusto Roa Bastos. Primero por facilidad, porque durante un largo tiempo me fue alguien muy cercano. Segundo porque está al frente de una obra única en cuanto a sus dimensiones como novelista, poeta, autor de teatro, ensayista. Tercero porque en el panorama de la literatura paraguaya ocupa una situación central, ineludible: fue y sigue siendo objeto de admiración y de polémica, de adulación y de rechazo. Y, quien más quien menos los autores paraguayos se definen o se sitúan en relación con su obra magistral.

(Continuará...)

